

penas 260 km y la ciudad de **Buenos Aires** desaparece del imaginario. Sobre todo si en el camino se desata una tormenta que en segundos anega ruta y cunetas, limita la visibilidad a niveles de ceguera y, minutos después, Febo vuelve a asomar, resplandeciente. Para cuando entramos a Junín, de la lluvia, como de la capital, ni rastros. Aquí nuestro objetivo es visitar el Museo de Arte Contemporáneo Argentino, frente a los galpones abandonados del ferrocarril. Unos metros antes, en medio de rieles sin destino y de vagones herrumbrosos, nos topamos con El Tejo, galpón transformado en activo club de gente grande que no quiere aburrirse en su casa. Son entre 190 y 200 socios que pagan una mensualidad irrisoria, se ocupan del mantenimiento y, por supuesto, juegan. A las cartas (Irma, de 80 abriles, y Anita, de 86, son habitués del club) y organizan torneos de buraco, de truco, de rummy. Juegan al tejo (obvio), que para algo tienen seis canchas; a las bochas (una cancha) y también al ping pong. Después sí, en la vereda de enfrente, al lado de la sede de la Universidad del Noroeste de la Provincia de Buenos Aires, aparece la muy colorida arquitectura cubista

del MACA, que ocupa las ex oficinas del ferrocarril. El museo, inaugurado en julio de 2011, es un homenaje a Héctor Cartier, el maestro que revolucionó la manera de enseñar arte en la Argentina. Entre sus discípulos se cuentan Julio Le Parc, Víctor Grippo y Alejandro Puente. El primer día del largo viaje al oeste concluye 30 km antes de llegar a Villegas, en plena noche y en Ameghino, tranquilísima localidad donde todavía no pueden creer que ahí exista un hotel así, moderno y espacioso, con sus luces y la promesa de un buen descanso. En el tramo de ruta que conduce al pueblo, El Viejo Molino es un hallazgo en el paisaje solitario que se extiende entre cielo y pampa.

PARADA I: GENERAL VILLEGAS

Podría decirse que el verdadero lejano oeste empieza acá, en la patria chica de Manuel Puig, el escritor, el guionista de cine, el señalado. El que se fue porque se tuvo que ir y nunca más volvió. General Villegas –degradado a coronel en la ficción y renombrado Vallejos– es pampa seca; todo es muy árido y todo queda muy lejos, según palabras de Puig, que además la definió así: "Es la ausencia de todo paisaje,

una pantalla en blanco donde cada uno provecta las fantasías que quiere". Será por eso que, al tomar la rotonda para seguir por la avenida Antonio Carrozzi que conduce al pueblo, es fácil imaginar que el gran cartel de bienvenida a "la ciudad de Manuel Puig" es eso justamente: una pantalla de antiguo autocine donde se proyecta la imagen del creador de Boquitas pintadas. Villegas es una ciudad de casas bajas; de clubes deportivos en pleno centro (Atlético, Sportivo y Eclipse); con su centenario Cine Español de fachada neoclásica, al que cada tarde concurría Manuel Puig a ver películas de la Metro. Sus padres, María Elena y Baldomero, siempre lo llevaron al cine, incitando sin saberlo la vocación que lo haría famoso. La ciudad perdió el ritmo que marcaba la sirena del Molino Fénix, durante décadas fuente de ingresos de la mayor parte de la población. Pero sí suena el bullicio del pastoreo peatonal en la calle Moreno, que es continuación de la avenida Carrozzi. Villegas se mueve hace rato en otra frecuencia. El carnaval por ejemplo, es un frenesí al mejor estilo Gualeguachú que y tiene sus batucadas mayúsculas, como Pojaí. Desde la nueva gestión

Literatura y arquitectura

En el espacio de los relatos de

ficción se refleia la realidad

política y social de una Buenos Aires fragmentada: alianzas, traiciones y pactos entre grandes caciques y coroneles. En ese contexto, sobresalen obras como El matadero y La cautiva, de Esteban Echeverría, Facundo, de Domingo F. Sarmiento, *Martín* Fierro, de José Hernández, y Una excursión a los indios ranqueles. de Lucio V. Mansilla. El matadero que describió Echeverría era lo fronterizo entre la campaña y la ciudad, mojón de la antinomia civilización y barbarie, categorías con las que se dividía la sociedad urbana hispano-criolla de la de los gauchos y aborígenes. Pero si a ese ámbito se lo analiza desde lo arquitectónico, representa uno de los edificios públicos elegidos por los gobernadores para exhibir su poder, al igual que sucedía con los cementerios y los palacios municipales. Las obras de Salamone (ver columna en la pág. 50) son el mejor ejemplo. El relato escrito de Echeverría fue narrado en imágenes por Carlos Alonso, uno de los más grandes pintores de la historia pampeana. Él pensaba que "ilustrar un libro no es tanto poner en imágenes los textos, sino descubrir nuevos escenarios, cosas que no están allí explícitas".





de la Casa de la Cultura, en la lista de las actividades, eventos y proyectos que esta dependencia municipal despliega como un manifiesto del futuro perfecto, se destaca una pasión insólita, la de las máscaras venecianas hechas por manos femeninas. Sí, leyó bien. Máscaras venecianas (ver Datos Útiles), las que ocultan los rostros en el carnaval más silencioso del mundo. El arte tiene su campo gravitatorio en General Villegas. Carlos Alonso, por ejemplo, es una figura muy vinculada con esta ciudad, en la que supo pasar largas temporadas instalado en la casa de los Carrozzi, familia tan pudiente como sensible a las artes plásticas. A ella se debe la existencia de la escuela La Fragua, creada hace casi 55 años para niños con vocación por la pintura. El Museo de Bellas Artes, en cambio, con diez años menos, permanece cerrado. Perdió el techo, como quien pierde la cabeza, es decir que se transformó en un hecho irremediable. Inaudito. Su mayor patrimonio es un trabajo enorme de Carlos Alonso, La guerra del malón. El artista viajó en 1967 a Villegas para acercarse a esa realidad que constituye nuestra identidad bonaerense. Se quedó en ese entonces dos meses, que dedicó a crear las 45 piezas de la obra; para ello, dicen que corrió ñandúes, visitó el matadero y hasta conoció a un cacique. Algunas de las ilustraciones están de tránsito en una sala de la municipalidad sin acceso al público; pero las demás, rostros de indios y criollos en colores terrosos -porque él quería que los personajes surgieran como de la misma tierra, de ese

AQUÍ Luz natural a raudales en el lobby del hotel *Viejo Molino*, de Ameghino. ABAJO Máscara veneciana hecha por una mujer de Villegas, artesanía de nuevo cuño. ENFRENTE Atardecer en la laguna del Parque Municipal.

No sólo Boquitas pintadas

El hecho de que Manuel Puig haya muerto en Cuernavaca (1990) derivó en un hermanamiento entre esta localidad mexicana y la ciudad natal del escritor, a partir del homenaje que se le rindió en 2010. Desde entonces, Villegas celebra la Semana de Puig cada dos años. Manuel Puig inició sus estudios en Buenos Aires en la Facultad de Filosofía y Letras (1951), viajó a Roma con una beca para realizar cursos de dirección de cine y trabajó como ayudante de dirección en diversas películas. Amenazado de censura en 1973 por *The Buenos Aires Affair*, se radicó en México, donde publicó, en 1976, El beso de la mujer araña, novela llevada al cine por Babenco. Su iniciación a la literatura fue La traición de Rita Hayworth, novela a la que le siguió *Boquitas* pintadas (1969). Manuel Puig tomó este nombre de un célebre tango, Rubias de New York, de Gardel y Le Pera ("... deliciosas criaturas perfumadas./ Quiero el beso de sus boquitas pintadas"), música de la película *Tango en Broadway*, de la que Gardel es protagonista. A la lista de títulos de Puig se suman Pubis angelical (1979), Maldición eterna a quien lea estas páginas (1981), Sangre de amor correspondido (1982) y Cae la noche tropical, publicada dos años antes de su muerte.









Aquí Un Chevrolet Special Deluxe de los 40, en un galpón de Piedritas. ARRIBA Gitano de impecable aspecto, vestido para una boda de su comunidad, en Junín.

paisaje seco del que hablaba Puig-, están a la espera de que alguna autoridad municipal las rescate del olvido.

EN LOS PAGOS DE VILLEGAS

La estación de Piedritas data de 1905, y desde 2005 es la sede del Museo Municipal Centenario. Porque la estación nació con el pueblo. Es un amor el museíto, bien mantenido, depositario de tantos tesoros familiares. Hay un laúd que supo ser del primer peluquero y músico que tuvo Piedritas, un español que llegó al país con su instrumento, un hato con la muda y dos amigos; éstos se fueron quedando en el camino y él siguió hasta Piedritas. Al español y su laúd se los detecta en una foto que se hizo todo el pueblo el 24 de noviembre de 1918, para celebrar el fin de la I Guerra Mundial. Su hijo tiene 94

años, toca acordeón todavía y se cree que vive en Lincoln. Piedritas tuvo alcalde. Y la antigua casa Gómez (de 1928 la primera, de 1949 la segunda), que fue almacén de ramos generales y hoy es sede municipal. Del partido de Villegas son también Banderaló, Sauce, Santa Eleodora, Santa Regina, Cañada Seca, Emilio Bunge, Coronel Charlone y Villa Saboya. Un merodeo veloz por los tres últimos basta para

confirmar que, sin ser iguales, tienen rasgos en común, pueblos muy pequeños con plazas enormes, un trazado urbano prolijo, pulcros y muy vacíos a la hora de la siesta.

PARADA II: TRENQUE LAUQUEN

Todo explota de verde y no sólo porque estamos en la pampa húmeda. La ciudad arranca con el inmenso parque Conrado Villegas, su fundador. El verde abraza un gran espejo de agua dulce que el ranquel Pincén utilizaba para refrescar su caballada. Un puente conduce al anfiteatro donde se lo recuerda. Acá los viejos enemigos, cacique y coronel, comparten la tierra y el agua, pero el que llegó al cine dirigido por Bruno Rodríguez fue Pincén, el cacique de las pampas. Osvaldo Bayer participa de la película: se

enfrenta al general Roca y le canta sus cuarenta sobre la conquista del desierto. Después de este merodeo básico, llegar al centro es viajar al pasado sin escalas. Manzanas divididas en calles muy amplias, con ramblas centrales y una palmera Phoenix en sus puntas: la mirada se expande sin obstáculos. Pero no todo es nostalgia. En 2013 se plantaron acacias, fresnos, algarrobos, abedules,

cipreses, tilos. Aquí los árboles y las lagunas, como Los Quilmes y Loma Alta, son los principales protagonistas. Roberto Mileo, abogado él y coleccionista compulsivo (su casa es un maravilloso "museo" de objetos antiguos muy bien conservados), es además un apasionado de la historia local. Sabe tanto que hay llaves de la ciudad que le pertenecen. Con él fuimos al Museo Histórico Regional Conrado Villegas. Él nos

abrió las puertas del Museo Cívico, la casa en la que vivió el poeta Pedro Bonifacio Palacios, más conocido por uno de sus seudónimos, Almafuerte. Este gran maestro argentino ejerció el magisterio una veintena de años, pero en 1896 quedó cesante por "carecer de título", aunque se dice que, en realidad, fue por sus poemas críticos hacia el gobierno. Él nos diría que: "Si te postran diez veces, te levantas / otras diez,

42. LUGARES DEVIAJE. COM LUGARES. Nº 218. 43







La primera construcción de Trenque Lauquen se resguarda en un templete en donde está la comandancia, en el palacio municipal. No está abierto al público, pero con Mileo fuimos, entramos y nos quedamos conmovidos ante esas cuatro paredes de ladrillos de adobe donde se acuartelaba el general Villegas en los días de la conquista del desierto. Esta base de la guarnición militar dio origen, más tarde, al asentamiento. Aquí también se conserva una carreta de época, que compunge de sólo pensar que esa mole de ruedas de más de dos metros de alto. hechas de madera dura, podía ser tirada por entre tres y cuatro yuntas de bueyes. La carreta transportaba cantidades inverosímiles de mercadería, y hasta vadeaba ríos. Pobrecitos esos bueyes. Estamos en la que fue la población número uno de la campaña del desierto. Las tropas llegaron en 1876; el primer fortín se levantó donde está el edificio El Faro, la parte más alta de la ciudad. De paso, sepa que Trenque Lauquen no significa "laguna redonda" como muchos sostienen (de redonda no tiene nada, dice Mileo), sino "laguna apozada", y que nació con calles de 30 metros de ancho, requerimiento militar para efectuar la salida de las tropas sin trabas. Más tarde llegaron los boulevares para completar ese lujo espacial del que no le cuesta presumir. La aparición del *Howard* Johnson, hace año y medio, hizo que el pulso de la ciudad se acelerara un poco. Aún hoy es una presencia novedosa en esta lejanía. De regreso a

otras cien, otras quinientas:

/ no han de ser tus caídas

tan violentas / ni tampoco,

por ley, han de ser tantas".

Trenque Lauquen x 3: AQuí Mural de Campodónico en el hall del museo regional. ABAJO Roberto Mileo, abogado, coleccionista e historiador diletante, en el comedor de su casa. ENFRENTE Caballos de polo, señas de identidad de esta rica zona rural.

Rodolfo Campodónico

"construcción del arte popular", cuyas huellas más significativas se exponen sobre una estructura de hierro en la entrada al Museo Histórico Regional de Trenque Lauguen. De noche las iluminan potentes reflectores. Los colores son intensos. Las figuras, de ojos grandes y siempre asombrados. Campodónico quería que los 28 murales integraran el patrimonio cultural de esta ciudad. Pero los que están expuestos son réplicas, porque los originales están guardados en un galpón (con carruajes antiguos), y su conservación peligra si no se les concede un lugar adecuado. Detrás de esta preocupación está la Comisión de Amigos del muralista, que espera a que se habilite un espacio propio y en condiciones para exhibir la obra. La estructura de hierro sostiene 28 réplicas, piezas de 2 x 3,60 metros que en conjunto constituyen el mural más grande de América latina. La primera parte refleja la identidad bonaerense desde los primeros habitantes hasta las corrientes inmigratorias; la segunda, costumbres y tradiciones locales, y la tercera rinde homenaje a los campesinos, los obreros, los profesionales, a los que construyeron la provincia. La muerte de Campodónico todavía duele: fue en enero de este año.





ese hotel, al final de un día muy caminado, nos espera el masaje con piedras de jade que nos dejará planchados. El HI está sobre la ruta, rodeado de la tranquilidad del campo. Mucho campo. Y mucho polo; su práctica y la cría de caballos para tal fin son el ADN de Trenque Lauquen, otra riqueza en este pago ubérrimo de sembradíos.

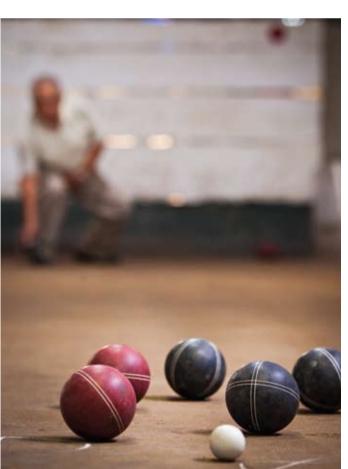
EL DESIERTO CONQUISTADO

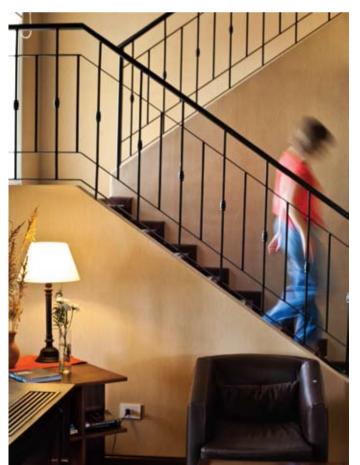
Alsina, desde el Ministerio de Guerra, quiso implementar un plan de reparto de tierras a pequeños propietarios, sin entrar en litigio con las poblaciones de puelches y ranqueles. Pero al fallecer, y con Roca elegido ministro de guerra, su proyecto también quedó sepultado. Roca lleva adelante la Campaña del

Desierto con un objetivo claro: asegurar la soberanía de un país, cuyos límites norpatagónicos eran todavía imprecisos, por el drástico método del exterminio de los indígenas. En ese entonces (circa 1870), Chile tenía todos sus intereses puestos en el norte, en la prosperidad que brindaba el salitre, y digamos que estaban relajados con lo que sucedía más al sur. Contaban con los indígenas, aplicados al robo sistemático de ganado para pasarlo al otro lado de la cordillera. Los Andes no era más que una circunstancia geográfica que había que sortear según se tuviera que estar de éste o del otro lado, y al no ser un límite, el país que reconocían como tal era el chileno, que se extendía del Pacífico al Atlántico. Hay mapas escolares chilenos que señalan la

Patagonia argentina como "Nueva Chile". Roca supo verlo, aprovechó la distracción de los vecinos y obró en consecuencia. La Argentina ya no correría el peligro de concluir en el río Limay. Se concibió esa cicatriz tremenda llamada Zanja de Alsina, que iba a tener 600 km de largo, para llegar hasta San Rafael, Mendoza. En un año, entre 1876 y 1877, se abrieron 374 km a pico y pala, en un tramo que iba de Nueva Roma (norte de Bahía Blanca) a Italó, sur de Córdoba. Y ahí pararon. El desierto no era una metáfora. En el museo histórico regional de Trenque Lauquen hay fotos que dan fe de esa geografía adunada del arenal infinito. Cada tanto, un ojo de agua se revelaba entre los médanos donde la caballada pudiera abrevar. Punto. El resto del espacio

ABAJO Jugando al tejo en el club homónimo de Junín. AL LADO Rincón del estar en el hotel Howard Johnson de Trenque Lauguen. ENFRENTE La iglesia de Casbas frente a la plaza, enclave urbano a unos 30 km antes de llegar a Guaminí.







Un angelito sin alas (A MI PUEBLO, DONDE PARA MÍ TODO EMPEZÓ)

Kikí Elorza (*)

Yo nací en Casbas, a dos cuadras del desierto, pero nunca entendí lo de "la calle de la zanja". Sabía que si algún forastero llegaba al pueblo, mostrarle la calle de la zanja era una visita obligada y que "la hicimos para que no pasaran los indios", era el obligado comentario. La calle de la zanja entonces, gracias a la industria del viento y de la arena que en mi pueblo nunca faltaron, era una zanja pequeña, sin agua, de poca profundidad. Yo la pasaba de un salto, lo más bien. Y lo repetía, para confirmarlo. ¿Por qué no habrían podido pasar los indios? Un misterio para mí. En mi escuela se preparaba un acto para fin de año en el que, gracias a los buenos oficios de mi madre, yo "trabajaría" (así se decía en mi pueblo) de angelito. Mi madre y mis tías se abocaron a la confección del traje (¿o debo decir del hábito?), todavía hoy lo recuerdo: una túnica en satén pesado color verde agua y un cordón de seda ajustado a la cintura. Inobjetable en su angelical apariencia, aunque el objeto único y excluyente de mi curiosidad eran las alas. ¿De qué las harían? ¿Cómo serían? Llegué a pensar que tal vez utilizaran plumas de gallina ya que los gallineros tampoco faltaban en mi pueblo. Pero...; cómo iban a usar plumas de gallina para las alas de un ángel! Pero la más profunda de mis inquietudes se resumía en una pregunta acuciante y esperanzada, nunca formulada: ¿podría volar con las alas? Una epidemia de parálisis infantil que se abatió sobre la ciudad de Buenos Aires terminó con la zozobra. La escuela, mi pueblo, estaban a más de 500 km. Pero era la mía una escuela nacional y a todas ellas llegó el decreto ministerial que ordenaba cerrarlas. Así se cerró en mi vida la esperanza de entrar en otro elemento. Pero, sin saber cómo, la imagen de la epidemia sufrió un desplazamiento que la conectó con la calle de la zanja. Todavía hoy me pregunto si no será así como se escribe la historia. ¿Tal vez los indios no podían pasar...? ¿Tal vez parálisis...? ¿Indios en sillas de ruedas en lugar de a caballo? No. Algo sobraba en mi historia y algo faltaba en la de los otros.

Nunca escuché que cuando los indios frenaban sus caballos frente a la calle de la zania se encontraban con las balas de los "conquistadores del desierto". Tampoco que los indios llenaban la zanja de ovejas y que pasaban encima.

Pero, cualquiera que haya sido la historia, a mí me sigue pareciendo que los indios todavía están de este lado de la zanja.

(*) Edith (Kikí) Elorza es licenciada en filosofía (UBA), docente, investigadora y autora de varias publicaciones en su especialidad.

48. LUGARESDEVIAJE.COM LUGARES . Nº 218. 49



El legado de Salamone

Cuando en los campos de Buenos Aires todo era trigo, maíz y vacas, un arquitecto de origen siciliano sembró en medio de la pampa moles de concreto que parecen extraídas de una película de Fritz Lang. Obieto de culto. Francisco Salamone proyectó una obra colosal durante el gobierno de Manuel Fresco (1936-1940). Monumentales diseños filosos, llenos de ángulos rectos, hechos de hormigón, torres con mayor protagonismo que las bases e incrustaciones simbólicas en sus fachadas cumplieron una función determinante para que el perfil de la región cambiara, como quería el gobernador Fresco. El plan urbanístico tenía un mensaje: "Dios, patria y hogar". Tres conceptos que Salamone sintetizó en los edificios emblemáticos de cada pueblo. Cristo, figura suprema, en las puertas del cementerio. El palacio municipal, con su torre y reloj, más alta que el campanario de la iglesia. Y el matadero, donde conviven polos semánticos como lo natural y lo cultural, que se trasladan, cocina mediante, al corazón de las familias. En sólo 40 meses, construyó más de 60 obras en casi una veintena de pueblos del sudoeste de la provincia. Entre ellos, Guaminí, Carhué, Puan, Coronel Pringles, Balcarce, Saldungaray, Tronquist, Rauch y Azul.

Aquí Las piletas de Epecuén y sus quietas y olorosas aguas, debido a la gran cantidad de materia orgánica que contienen. ENFRENTE Monumento al pejerrey en la entrada a Cochicó, balneario camino a Carhué.



debían llenarlo el viento y las arremetidas de los malones. En el museo de Trenque Lauquen hay fotos de Pincén (1807/1809); de él y su familia. Todos serios, con cara de susto mirando a cámara. En 1878 fue hecho prisionero, y en 1879 lo mandaron a la isla Martín García. Reclamó por un mejor trato y condiciones de vida menos denigrantes. Ese mismo año lo bautizaron. Pincén se llamaba Francisco Vicente Pincén Cathunao. Luego lo casaron con Añatú Ringué. Quedó en libertad en 1883. No se sabe dónde murió, quizás en 9 de Julio. Pincen era puelche (hombre del este), o pampa, según la

denominación en cristiano. No queda desierto a la vista; arena, sin embargo, sí hay. Las huellas campo adentro están jalonadas de tupidos matorrales de margaritas silvestres amarillas que arraigan en el óxido de silicio, mezclado con el polvo terroso. El oeste de Buenos Aires se reinventó verde y liso en una pampa a la que definimos húmeda.

IMPRESIONES DE EPECUEN

Casi tres décadas después de la gran inundación, las ruinas de Epecuén, una especie de Pompeya pampeana, muestran su condición de pueblo fantasma sobre un gran fondo gris plata de polvo y sal. En sus calles desiertas, en sus suelos agrietados, en sus árboles blancos de muerte de la antigua avenida Colón, en los postes de luz caídos y oxidados, en las ramas de los tamariscos que delatan la dirección del viento de la madrugada fatídica que llevó el agua, en las estructuras suspendidas en el aire, en los carteles que indican lugares imaginarios. Salvo por el agua densa y olorosa de las piletas y los toboganes sin público haciendo cola en pleno febrero, no parece que

el balneario municipal hubiera sufrido el mismo destino. Los únicos que no emigraron fueron los flamencos y el motivo es sencillo: su plato predilecto, la Artemia salina (crustáceo muy, muy pequeño, casi invisible), sólo lo sirven allí. Epecuén, la villa turística, supo de esplendores ahogados en las aguas saladas del lago homónimo, en 1985. En medio de ese silencio de escombros, nunca falta un equipo de filmación o de producción fotográfica. Es un escenario de película desgarrador y fascinante, demasiado intenso para ignorarlo.

50. LUGARES DEVIAJE. COM LUGARES. Nº 218. 51

UN ALTO EN PEHUAJÓ

No deja de ser curioso que en pago tan hernandiano -aquí vivieron José y Rafael Hernández- un ejemplar de la especie Chelonoidis petersi, vulgarmente conocido como tortuga, coseche más adeptos que el Martín Fierro. La célebre Manuelita de María Elena Walsh eclipsó la obra icónica de la literatura nacional, se la devoró. En el acceso a la ciudad, Manuelita tiene su versión kitsch, la que lleva sombrilla y carterita, por la que los autos frenan para que la gente se saque fotos. Y en el Parque General San Martín, un predio con lago y dos islas vinculadas por un puente, está el homenaje a María Elena en la figura de una auténtica tortuga a escala monumental. Al mítico gaucho le quedó la plaza Dardo Rocha -fundador de Pehuajó-, en la que se yergue su monumento. En cuanto a los hermanos Hernández, si a José se le debe el Martín Fierro, a Rafael se le agradece haber identificado las calles con nombres de poetas y escritores.

UNA TREGUA EN EL CAMINO: LA SISTINA

En la playa suele merodear una bandada de flamencos, así que entregarse a una caminata tiene la magia de una meditación: se termina casi tan liviano como una pluma. Un paseo por la propiedad en carruaje menonita o en bicicleta sin rumbo aparente también obra efectos liberadores: la isla grande tiene 600 hectáreas. Y hay una isla chica donde anidan las aves.

andan ciervos, vizcachas, perdices, guanacos, antílopes (iantílopes!), pavos reales, dos caballos salvajes que siempre están juntos y son inalcanzables. Hay que conformarse con adivinar sus figuras entre los tamariscos y eucaliptus que rodean el casco. El avistaje de aves, los safaris fotográficos, el trekking y los deportes náuticos son las actividades habituales. Antes de sus actuales propietarios, el holding Salentein, la condesa húngara Ena Wenckheim fue ama y señora de esta isla en la que hizo construir una mansión luminosa, de paredes blancas, con muchos cuartos para recibir a su cohorte de amigos europeos, y un enorme living que es todo ventanal del techo al piso. Al caer la tarde, este ámbito se convierte en el lugar perfecto para la charla, la música, un trago, un vino. Para la lectura, está la sombra del algarrobo centenario. La llegada a este remanso tiene sus prolegómenos. Una vez en Guaminí, hay que enfilar directo a la Laguna del Monte y desde un muelle privado abordar la lancha de La Sistina que en pocos minutos cruza a la isla grande. En la orilla espera el carruaje menonita para trasladar bártulos y huéspedes hasta la casa. Aquí las noches se hunden en el silencio más absoluto, noches reparadoras que auguran el mejor de los despertares, con energético, delicioso desayuno en el que se lucen mermeladas y una excelente panificación hechas in situ. Igual que todo lo que la cocina aquí ofrece, que es de primerísima.

La Sistina es una tierra aparte,

un paisaje apaisado con un

árboles dispersos por el que

área boscosa, pastizales y







Aquí Vista parcial de la casona que se levanta en la propiedad de Ena Wenckheim, comprada en 1981; la Ilamaban la condesa húngara, pero en realidad era austríaca. AL LADO Una liebre. ARRIBA Antílopes a la carrera y flamencos rosados en vuelo.

52. LUGARESDEVIAJE.COM